

# Oro y Espadas

POR HERNÁN POBLETE VARAS

**E**L capitán Alatríste y su mochilero el joven y enamorado Íñigo Balboa, a quienes vimos luchar denodadamente en Breda, están ya de vuelta en España y precisamente en Sevilla, ahí donde llega la flota de Indias, cargada con el oro usurpado al Nuevo Mundo. Hay alegría en la de por sí alegre ciudad aledaña al Guadalquivir, el río grande de los moriscos.

Los más contentos y esperanzados son, naturalmente, los acreedores de sus católicas majestades, que le deben a cada santo una vela. El oro no sólo tiene un especial atractivo —y lo conserva—, sino también un curioso destino circular: lo extraen los indígenas, se lo llevan los funcionarios reales hasta los grandes navíos que, desafiando tempestades y ataques de piratas, lo trasladan a Sevilla, ahí se va en pagar deudas, comprar los productos que España necesita —y aquí está, quizás, lo más pintoresco de este recorrido: los proveedores son los mismos países enemigos de España, que emplean las ganancias en adquirir armas para atacarla— se apoderan de él los validos y los especuladores, se gasta (un poco) en pagar salarios a los sufridos tercios y a los funcionarios más modestos y una parte importante va al tesoro real. Por esto, Felipe y su bella cónyuge francesa han llegado hasta la ciudad para ser testigos del arribo de la flota de Indias y de su resplandeciente cargamento.

¿Qué pito toca en tal asunto el capitán Alatríste, con su rostro mustio, sus escasas palabras y esos gestos que recuerdan su apellido? Lo sabe tan pronto como desembarca, regresando de Flandes y se encuentra con su amigo don Francisco de Quevedo y el contador Olmedilla, enlutado y enjuto de cuerpo, en nada semejante a los espadachines que frecuenta Alatríste: en la flota hay un barco de nombre holandés que trae en sus entrañas una enorme cantidad de oro no destinado, precisamente, a las arcas reales. Un contrabando, en suma. ¿Quién mejor para desbaratar esta conjura que el famoso capitán?

Como de costumbre, es Íñigo Balboa el que cuenta en primera persona esta nueva aventura,



que suma a las propias, como ese encuentro con su amada Angélica de Alquézar, coqueta y traidora que lo entrega a una muerte de espada que apenas logra evitar. Ya de viejo, Íñigo es un excelente narrador, como de joven fue un gallardo espadachín y, entre los mejores de sus méritos está esa devoción sin límites al famoso capitán. Seguramente, para Arturo Pérez-Reverte, es Íñigo su personaje más querido y al que endosa sus propios méritos de novelador. No falta en él la nota irónica, el detalle que da una curiosa actualidad a historias ocurridas hace tres siglos, como ese personaje contratado entre la pandilla de truhanes elegidos por Alatríste que se llama Saramago, es portugués y literato por añadidura.

Se lee por ahí que Pérez-Reverte no es más que un escritor de folletines o folletones, sin méritos literarios ni nada que trascienda intelectualmente en su obra. Un vulgar tejedor de aventuras "de capa y espada", con reiterados

moldes y recetas literarias. ¿Es posible? Tal vez. Pero el juicio hay que dejárselo al lector y éste, sin meterse en intringulis intelectuales ni líos éticos, ni trasfondos políticos, gozará leyendo las hazañas del capitán Alatríste y sus abnegados servidores. ¿Pura aventura? Sí, pero de la buena, la que entretiene sin complicaciones eruditas.

## EL ORO DEL REY

Arturo Pérez-Reverte.  
Alfaguara Editores,  
Madrid, 2000,  
275 páginas



## Oro y espadas [artículo] Hernán Poblete Varas.

Libros y documentos

### AUTORÍA

Poblete Varas, Hernán, 1919-2010

### FECHA DE PUBLICACIÓN

2001

**FORMATO**

Artículo

**DATOS DE PUBLICACIÓN**

Oro y espadas [artículo] Hernán Poblete Varas. il.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile